

La calle

para el viernes 21 de septiembre de 2007

Diario de un espectador

Dos de los Ocho

por miguel ángel granados chapa

Hace ya dos años que murió en Morelia el profesor Alejandro Avilés, poeta, periodista y hombre de bien. Nacido en La Brecha, Sin., vivió en la ciudad de México la mayor parte de su existencia terrenal, en cuyo ocaso, sin embargo, como un homenaje amoroso a doña Eva, su mujer, que había nacido allí, se acogió a la capital de Michoacán, a la que hizo su tierra de elección. Por eso tiene sentido que en el segundo aniversario de su fallecimiento —cumplido exactamente el domingo pasado— en Morelia misma se le rinda esta noche un homenaje. Lo organizan el arzobispado y el ayuntamiento de esa ciudad, así como el gobierno michoacano.

El arzobispo de Morelia, Alberto Suárez Inda, encabezará en la Catedral metropolitana la celebración eucarística que es la primera parte de este homenaje. La segunda, a las 19.30 horas, se efectuará en el patio del palacio municipal. En ella se presentará una remembranza del poeta, se cantarán algunos de sus poemas, a los que ha añadido valor la música con que los ha impregnado su hija María Eva, y se presentarán dos testimonios sobre la vida de don Alejandro, referidos a las porciones más visibles de su carrera, la del escritor y la del periodista. Este espectador, que lo conoció sobre todo en el terreno profesional periodístico, ofrecerá su homenaje desde esa perspectiva.

Hablará del poeta la maestra Dolores Castro Varela, que además de cofrade fue como una hermana de Avilés. Si no nos equivocamos —y esperamos no hacerlo, porque estaríamos privando de la vida a alguien— ella es la única sobreviviente del grupo de Los ocho poetas, que animó la vida artística y cultural de México sobre todo en los años cincuenta, antes de que en torno de caudillos se formaran capillas que, por valiosos que fueran, como fueron, sus miembros, no pudieron evitar ser excluyentes.

Integraron esa cofradía de la palabra dos mujeres preclaras: Rosario Castellano y la propia Dolores Castro, unidas en fraternidad prolongada toda su vida, interrumpida la de la primera hace ya treinta y tres años; y Avilés, Roberto Cabral del Hoyo, Efrén Hernández, Ignacio Magaloni, Alfonso Méndez Plancarte y Octavio Novaro. Además, como es obvio, de Rosario castellanos, el más conocido del gran público, hasta nuestros días en que su obra se ha reeditado es Hernández, maestro del relato breve, cuyo producto más celebre es el cuento titulado Tachas. El resto ha permanecido injustamente ignorado por la crítica y, sobre todo, por los supremos hacedores de fama que son los medios de comunicación.

Dolores Castro nació en Aguascalientes el 12 de abril de 1923. Viajó a la ciudad de México para iniciar sus estudios universitarios que, como no era infrecuente a la mitad del siglo pasado, eran los de derecho, aunque la vocación de quien escogía la carrera lo orientara hacia otras parcelas de las humanidades, las letras sobre todo. Dolores Castro cumplió esos dos destinos y tras concluir los de abogacía emprendió los estudios de maestra en literatura. Junto con su ya hermana Rosario Castellanos viajó a Madrid, con

sendas becas del Instituto de cultura hispánica, que ella aprovechó para especializarse en estilística e historia del arte.

A su regreso consolidó su dedicación a la escritura y a la docencia, que hasta la fecha ejerce con gran lucidez. Al calor de la Revista de América, que acogió a los Ocho poetas, había publicado en 1949 su primer poemario, *El corazón transfigurado*, al que acompañó una nota de Efrén Hernández. De vuelta a México la editorial Ícaro —uno de tantos apostólicos esfuerzos por publicar poesía que no rinde comercialmente— dio a la imprenta *Dos nocturnos*. En 1959 la Universidad nacional publicó *La tierra está sonando* y año siguiente, la editorial Jus lanzó *Cantares de Vela*, en la colección *Voces nuevas*, donde había sido incluido poco antes el primer libro de Vicente Leñero, *La polvareda* y otros cuentos. Como al propio Leñero ocurriría con su novela *La voz adolorida*, la editorial de la Universidad Veracruzana incluyó una novela de Dolores Castro en su serie *Ficción*. Su título es *La ciudad y el viento*, aparecida en 1962 y poco después reseñada con entusiasmo en los Cuadernos de bellas artes. Años después la propia editorial Jus publicó *Soles*, el último título de la producción poética de Dolores Castro de que dio cuenta la primera edición del *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX*, la benemérita iniciativa realizada bajo la dirección de la maestra Aurora Ocampo en el Instituto de investigaciones filológicas de la Universidad nacional. Entre otras referencias faltantes en esa edición cabe consignar que la maestra Castro recibió el premio nacional de poesía sor Juana Inés de la Cruz.

Además de la fraternidad que los unió en el grupo de los ocho poetas, Dolores Castro convivieron armoniosamente cuando trasladaron a sus propias familias la cordialidad que presidió su trato amistoso. Ella contrajo matrimonio con Javier Peñaloza, un atildado escritor y maestro universitario, que lo fue en la Iberoamericana. Avilés mordió a su vez la manzana que le ofreció su Eva michoacana. La hermandad de las dos parejas se trasladó al paso de los años a sus hijos y sus nietos. Este espectador los recuerda en sabrosas tertulias a las que tuvo la fortuna de ser convidado. La vida de ese cuarteto giraba en torno de la escuela de periodismo Carlos Septién García, que con el imprescindible aliento de doña Eva dirigió Avilés durante varias décadas, y en la que eran maestros los esposos Peñaloza Castro. Además de sus talentos creativos, los caracterizaba a todos una profunda espiritualidad que se reflejaba en su alegría vital.

De los cuatro sólo vive Dolores Castro, sobreviviente del grupo de Los ocho poetas, así bautizado por uno de ellos, el padre Méndez Plancarte .